

Bacheo de emergencia: provisional no significa improvisado



Todos conocemos a alguien que compra un aparato nuevo, no se lee el manual y a los dos días vuelve indignado a la tienda porque “este chisme no funciona”. El microondas no calienta... hasta que alguien le dice que quite el modo descongelar. La cafetera pierde agua... porque el depósito no estaba bien encajado. Al router no se le encienden las lucecitas... y resulta que el cable de red seguía en la caja sin conectar. El problema no era el aparato. Era el uso.

Con el bacheo de emergencia con mezclas en frío ocurre algo parecido.

La escena inicial la tenemos muy reciente: se encadenan episodios de lluvia intensa y el firme entra en fase crítica. Aparecen nuevos baches, los existentes crecen y la presión por intervenir se vuelve inmediata.

En ese contexto, la necesidad operativa del bacheo de emergencia es cierto que a la vista del usuario no resulta seguramente una opción elegante. Sin embargo, los técnicos tenemos clara su función: eliminar un riesgo inminente, devolver la transitabilidad y la seguridad y ganar tiempo hasta poder ejecutar una reparación de mayor entidad en condiciones meteorológicas favorables.

El conflicto aparece cuando el relleno falla. Y cuando falla, el efecto es inmediato.

El usuario, y probablemente el gestor de la carretera, no saben —ni tienen por qué saber— qué material se ha empleado en la reparación. Solo perciben el resultado: el bache “reparado” que vuelve a abrirse

en pocos días u horas. Su conclusión es lógica y directa: la reparación no ha funcionado.

Es el técnico responsable —que sí sabe qué material se ha empleado— quien a veces convierte esa percepción en un diagnóstico más específico, aunque impreciso: “ha fallado el aglomerado en frío, esta técnica no ofrece garantías, quizá no debería emplearse”. Y así, lo que empezó como una valoración sobre un resultado termina transformándose en una enmienda a la herramienta, que además traslada al gestor, quien se pregunta por qué demonios se emplean “estas cosas” en su carretera.

En ese salto suele perderse algo esencial: no se distinguen con claridad tres planos distintos. El material, el procedimiento y los medios disponibles.

Conviene recordar una obviedad que a menudo se diluye bajo la presión: **el bacheo de emergencia es, por definición, provisional**. No reconstruye el firme. No sustituye a una actuación estructural, ni tan siquiera a una superficial. Su objetivo es eliminar un peligro inmediato y estabilizar la situación. **Pedirle el comportamiento de una reparación definitiva es el primer error. El segundo, y más grave, es asumir que provisional significa improvisado.**

En conservación viaria no cuenta la intención, cuenta el comportamiento bajo el tráfico. Y ese comportamiento depende en gran medida de cómo se ejecuta la intervención.

En este sentido, los pasos del procedimiento académico son conocidos y no tienen nada de sofisticado:

- retirar el material suelto del bache hasta llegar a soporte razonablemente sano;
- limpiar polvo, finos y barro con un chorro de aire a presión;
- reducir la presencia de agua en lo posible, preferiblemente hasta el secado completo;
- aplicar el correspondiente riego de adherencia o imprimación;
- colocar la mezcla con un ligero sobreespesor;
- sobre todo, compactar;
- y recebar antes de abrir al tráfico para evitar que las ruedas arrastren el material.

Especial mención requiere la compactación. Compactar no es “pasar la pala por encima”, no es aplanar “para que quede liso”. Tampoco es “pisar con la bota” para que quede “apretadito”. Compactar es densificar enérgicamente el material para que trabaje como debe y para ello se requieren los medios adecuados: pisones manuales o neumáticos, bandejas o platos vibrantes, o, preferiblemente rodillos lisos metálicos.

Incluso en los métodos menos *académicos*, pero más rápidos para los baches más pequeños en las carreteras con menor tráfico, el simple paso controlado de las ruedas de la furgoneta de la cuadrilla de conservación mejora de forma notable el resultado frente a no compactar en absoluto (es decir, a pasar la pala o a pisar con la bota).

Cuando los pasos del procedimiento se omiten, el desenlace es previsible: despegues, pérdida de material, reapertura del bache en horas o días. Entonces el usuario vuelve a ver el defecto. La percepción negativa se refuerza. El gestor recibe quejas. Y la explicación más cómoda y simplista es señalar al material.

Pero muchas veces no ha fallado la técnica. **Ha fallado el proceso.** Y aquí aparece el punto incómodo, porque la culpa, al contrario de lo que algún lector podría estar pensando, no es generalmente de la cuadrilla. El procedimiento puede estar perfectamente descrito en manuales y pliegos, pero si en campo no se dispone de los medios mínimos para ejecutar correctamente el procedimiento, la intervención se degrada hasta convertirse en un simple relleno superficial pisado con el pie. En esas condiciones, el fracaso no es una

sorpresa; es una consecuencia lógica.

Más delicado aún es cuando esos medios estaban previstos en la oferta y valorados en la adjudicación, pero no están disponibles de forma habitual (y créanme, esto pasa, como pasa lo de “compactar a bota”). En ese caso, el problema deja de ser estrictamente técnico y pasa a ser de gestión y control contractual. Se está operando con una capacidad inferior a la comprometida, y el resultado termina afectando tanto a la durabilidad como a la credibilidad del servicio.

En campañas de bacheo masivo, como las que estamos viviendo en este momento, la combinación de prisa, volumen y fatiga agrava todo lo anterior. Se prioriza cubrir el mayor número de puntos posible. Se acortan pasos. Se confía en que “aguante”. A veces aguanta. Muchas veces no.

Cuando no aguanta, el ciudadano, y el gestor, no distinguen entre mala ejecución y mala técnica. Y si desde dentro del sector tampoco se hace esa distinción, la herramienta queda cuestionada. Igual que el cliente que devuelve el microondas convencido de que está defectuoso, cuando bastaba con cambiar el modo de funcionamiento.

El bacheo provisional es exclusivamente provisional. No sustituye a una reparación estructural ni debe presentarse como tal. **Pero tampoco puede convertirse en una rutina improvisada que fracase de forma sistemática.**

Las mezclas en frío no son un milagro.

Son una herramienta.

Y como cualquier herramienta, **responden cuando se usan con método.**